

No obstante, deseando Licinio vengarse de su rival y recobrar el trono, entró en inteligencias secretas con los bárbaros; pero descubierta su traición, fué estrangulado por orden de Constantino.

PARTE SEGUNDA.

DESDE LA PAZ DE CONSTANTINO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO IV.

Sumario.—I. Arrio.—II. Donato.—III. Constancio II.—IV. Balacio.—V. Macdonio I.—VI. Jorge de Capadocia.—VII. Juliano el Apóstata.—VIII. Juliano, tio del Apóstata.—IX. Félix.—X. Elpidio.—XI. Heron.—XII. Teoctenes.—XIII. Máximo.—XIV. Fotino.—XV. Valente.—XVI. Atanarico.—XVII. Prisciliano.—XVIII. Justina.—XIX. Eugenio.—XX. Arbogastes.—XXI. Eutropio

I.

Arrio, presbítero hereje.

(MURIO AÑO 336 DE N. S. JESUCRISTO)

La justicia de Dios había exterminado la raza de los perseguidores. El gran Constantino, elevado al imperio por la misericordia divina, había dado la paz á la Iglesia, sacando la Cruz,

símbolo de sus victorias, del fondo de las Catacumbas, para fijarlas en sus estandartes y colocarla sobre el Capitolio. El Cristianismo había vencido al paganismo. La constancia de los mártires había triunfado también de la bárbara impiedad de los emperadores de Roma; pero el genio del mal, vencido en aquella terrible lucha, suscitó una nueva guerra contra la Iglesia de Jesucristo. A la fuerza y á la violencia había sustituido la astucia, y á los ataques contra los fieles siguieron los ataques contra sus creencias y contra la integridad de los dogmas del Cristianismo. Entonces surgió la época de las herejías y de los cismas, iniciada por Arrio, que desde su juventud se había hecho ya sospechoso por sus apostasías.

Antes de llegar este hereje al órden del presbíterado había sido excluido dos veces por cismático del seno de la Iglesia, siendo recibido otras tantas en ella despues de aparecer sinceramente arrepentido.

El año 303 se le confió la dirección de una Iglesia de Alejandría, y á la muerte de su Prelado concibió esperanzas de ser elegido para aquella Silla; pero habiéndolo sido Alejandro, se puso desde luego en oposicion con éste, hasta que le arrastró su soberbia á predicar la herejía

ariana, que afigió á la Iglesia de Dios por espacio de trescientos años.

Segun la doctrina de Arrio, el Verbo divino no era igual, consubstancial ni coeterno al Padre; pues como fuera de Dios no había materia y no existía nada en general de que el Hijo pudiera ser creado, el Hijo, no siendo de la sustancia de Dios, fué creado de la nada, de donde se seguía que el Verbo no era eterno, sino una criatura. Segun esta herejía, el culto del Hijo de Dios sería, por consiguiente, una idolatría, pues el Verbo no sería Dios, sino únicamente hombre.

El obispo de Alejandría procuró en vano atraer á Arrio á la verdadera doctrina; pues éste, con la obstinacion propia de todos los herejes, y desoyendo la voz de su Pastor, sólo se ocupaba en procurarse partidarios.

La Iglesia, estremecida ante la predicacion de esta herejía, convocó el primer Concilio ecuménico de Nicea, que presidió como Legado del Papa San Silvestre, el gran Osio, obispo de Córdoba, con asistencia del emperador Constantino y de trescientos diez y ocho Obispos, venidos de todas las extremidades de la tierra. Arrio expuso en este Concilio sus errores, profiriendo en su impudencia contra Jesucristo las

más horribles blasfemias ante aquella angusta asamblea, y en presencia de aquellos venerables Prelados, marcados todavía con las señales de las persecuciones sufridas por confesar y defender la divinidad del Salvador. La insolencia de las palabras del hereje fué tal, que más de una vez se vió á aquellos venerables ancianos en cuya frente brillaba la aureola de todas las virtudes, gemir de indignacion y taparse los oídos. Arrio fué condenado; pero, léjos de darse por vencido, marchó á Constantinopla para protestar de los anatemas lanzados contra él. Sus partidarios le prepararon una gran acogida; y resolvieron reintegrarle solemnemente en el ejercicio de las funciones sacerdotales, para lo cual fijaron un domingo, á fin de dar á la ceremonia más solemnidad y esplendor.

El sábado, víspera del día señalado para aquella ceremonia, sus partidarios pasearon en triunfo á Arrio por las calles de Constantinopla, seguidos de un gentío inmenso. En esta forma llegaron á la plaza Constantiana, y ante el templo donde el herejearca debía ser restablecido en su ministerio. Arrio consideró aquel momento muy favorable para dirigir la palabra al pueblo, y pronunció una arenga llena de blasfemias y de falsedades contra Jesucristo y los

Obispos que lo habian condenado. En aquel momento, obligado Arrio por una necesidad corporal, se retiró de la plaza á las letrinas públicas, donde espiró atormentado por violentos dolores, y arrojando gran cantidad de sangre y parte de las entrañas.

II

Donato, obispo cismático de Cartago.

(MURIO AÑO 355 DE N. S. JESUCRISTO.)

La ambicion y la soberbia, que han sido, por regla general, la causa de todos los cismas y herejías, dió origen tambien á la célebre secta de los donatistas, cismática en un principio, y al cabo cismática y herética.

Los síntomas de la division que los donatistas sembraron entre los cristianos de Africa comenzaron á sentirse ya siendo Mensurio obispo de Cartago. A la muerte de este Prelado, la agitación de los disidentes llegó á ser un verdadero cisma, porque se negaron á reconocer á Ceciliano su legítimo sucesor, y eligieron por su

parte al lector Mayorino para la Silla de Cartago.

Mayorino murió al poco tiempo, y los cismáticos le dieron por sucesor á Donato, de cuyo nombre tomaron sus sectarios el de *donatistas*. El cisma comenzó á llamar la atención de los Obispos y de Constantino el Grande, y se celebraron varios Concilios; pero á pesar de que los donatistas fueron siempre condenados, persistieron en su empeño, y de error en error acabaron por incarrir en herejía.

El punto capital de los nuevos herejes consistía en la exageración del principio que San Cipriano había sostenido en Africa, á saber: "Que el que está fuera de la Iglesia no puede administrar válidamente un Sacramento." Y, en efecto, San Cipriano no consideraba fuera de la Iglesia á incapaces de administrar los Sacramentos más que á los herejes, mientras que los donatistas hicieron extensiva esta incapacidad á los que por el pecado de apostasía se separasen de la Iglesia, aunque no hubiesen sido excluidos de ella formalmente. Por manera que mientras San Cipriano no subordinaba la administración de los Sacramentos más que á la condición de la *ortodoxia*, los donatistas la hacían depender además de la moralidad del que los administraba,

Pero no pararon aquí los sectarios de Donato, porque, irritados de que el obispo legítimo Ceciliano fuese reconocido en todas partes, llegaron á caer hasta en el error novaciano de la pureza de la Iglesia, aunque admitían la penitencia como medio de rehabilitarse en la comunión de la Iglesia. En cambio estaban de acuerdo con los novacianos en la pretensión de que ellos solos constituían la pura, la verdadera Iglesia.

Como consecuencia de sus errores, los donatistas rechazaban los Sacramentos que no habían sido administrados por ellos; inspirándoles tal horror los que administraban los cristianos ortodoxos, que rebautizaban á los apóstatas que abrazaban su herejía; pisoteaban la Eucaristía y rechazaban el Crisma, la Unción, las Ordenes y todos los Sacramentos consagrados y administrados por aquellos.

San Jerónimo afirma, por otra parte, que Donato incurrió en herejía acerca del Espíritu Santo, y aun acerca del misterio de la Santísima Trinidad, pues, según dice San Agustín, aunque admitía que las tres Personas eran de la misma sustancia, creía que el Hijo era inferior al Padre, y el Espíritu Santo, á su vez, inferior al Hijo.

Por último, los donatistas cometieron tantos abusos y violencias, y promovieron tales alborotos, que no parecía sino que se habían propuesto turbar con su cisma la paz de la Iglesia, y con sus desórdenes la paz pública.

Y en efecto: los jefes donatistas, apoyados por una turba de fanáticos que les servía de escolta, resistían las órdenes que no eran de su agrado; se apoderaban por la fuerza de las iglesias de los católicos; recorrían los caminos en numerosos grupos, maltratando á cuantas personas encontraban, y muy especialmente á los católicos, y arrojaban cal y vinagre en los ojos de los sacerdotes, á fin de dejarlos ciegos.

A tan bárbaro fanatismo rennían la embriaguez y los mayores desórdenes, y tan loco deseo del martirio, que cuando eran perseguidos se mataban á centenares; se precipitaban desde lo alto de las rocas; turban el culto de los cristianos y de los paganos del modo más salvaje, á fin de excitar contra sí mismos el celo de aquellos cuyas ceremonias atacaban, y hasta ofrecían dinero porque los matasen.

Estos excesos, y la agitación que sostenía continuamente en Africa, atrajeron sobre ellos la persecucion del emperador Constante, que, elegido por la Providencia para brazo de justicia,

castigó con mano fuerte la audacia de aquellos fanáticos.

Donato, su jefe, fué desterrado por Constantino, y al cabo murió en el destierro.

III.

Constancio II, Emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 361 DE N. S. JESUCRISTO)

A la muerte de Constantino el Grande heredó Constancio de su padre la dignidad de emperador de Oriente, obteniendo, en la division que se hizo en las provincias del imperio, la Tracia, el Asia, el Egipto y el Oriente.

Pero Constancio no heredó con el poder la piedad ni las virtudes de su padre. En prueba de ello, hé aquí cómo se expresa San Hilario de Poitiers en el lib. III del tratado que escribió contra este príncipe.

“Tiempo es ya de hablar, pues ha pasado el de callar. Clamen en voz alta los verdaderos Pastores, ya que los mercenarios huyen. Ofrezcamos nuestras vidas, muramos por la salvacion

de nuestras ovejas, toda vez que han entrado los ladrones y que el león quiere devorarlo todo. Preparémonos para el martirio, haciendo oír por todas partes nuestra voz.... Constancio, yo te digo lo que hubiera dicho á Nerón, Decio y Maximiano: has empeñado un combate contra Dios, una persecucion contra los Santos, y tratas de destruir la Religión. Pretendes ser cristiano, y eres un nuevo enemigo de Jesucristo. Hasta te atreves á establecer artículos de fé, mientras tu vida es contraria á las máximas de la verdadera fé, y pretendes pasar por doctor para introducir novedades profanas, cuando ni siquiera eres discípulo en la piedad. Das obispos á los de tu partido y quitas á los buenos Pastores para poner en su lugar á otros escandalosos.... Nerón, Decio, Maximiano: os tributamos gracias por vuestra crueldad, pues por causa de ella obtuvieron gloria nuestros mártires. Pero tú, Constancio, nos haces más daño que aquellos, y nos privas del consuelo de obtener la misma corona.

El demonio, que conoce el arte de hacer morir á los hombres, te ha enseñado á vencer sin pelear, á degollar sin espada á los hombres, á ser perseguidor sin llevar el nombre de tal, á formular las profesiones de fé sin tener fe. Si es falso lo que digo, eres una oveja de Cristo; pero

si has hecho lo que digo y todo el mundo sabe, eres un lobo y un Anticristo."

Algunos críticos han censurado esta obra del Santo Doctor, tachándola de exagerada y de demasiado dura; pero la historia justifica la valiente energía con que aquel Prelado se lamentaba de la situación la iglesia, y condenaba la astucia y los excesos del tirano.

Y, en efecto, dejándose arrastrar Constancio por las sugestiones de su esposa, princesa de carácter elevado y de gran erudición, pero arriana, se constituyó protector del arrianismo, persiguiendo y desterrando á los obispos cristianos, privándolos de sus Sillas para poner en su lugar Obispos arrianos y autorizando ó permitiendo las violencias que los sectarios de la herejía cometían contra los ortodoxos.

San Atanasio, obispo de Alejandría fué uno de los Prelados á quienes Constancio persiguió con más encarnizamiento.

Cediendo luego á los ruegos de su hermano Constante, emperador de Occidente, restituyó á su Silla á San Atanasio, y consintió en la convocacion del Concilio de Sardica; pero constituido en único señor del imperio por muerte de su hermano, y restablecida la paz, turbada en el interior por Maguencio y Vetranion, y en el

exterior por los bárbaros y persas, que invadieron las Galias y Mesopotamia, consagróse nuevamente Constancio á perseguir á los Prelados ortodoxos, y aun al mismo Papa Liberio, á quien arrojó de Roma y confinó á Tracia.

La misma suerte sufrieron tambien muchos Obispos, y entre ellos el venerable Osio, obispo de Córdoba, el vigoroso defensor de la fé en el Concilio de Sardica, y San Hilario de Poitiers, el gran orador del Concilio de Beziéres, que fueron desterrados respectivamente á Sirmium y Frigia.

San Atanasio, condenado á muerte y arrancado por sus fieles de manos de los soldados que habian de ejecutar la sentencia, logró huir al desierto, pero ni aun allí pudo verse libre del ódio de su perseguidor, porque el tirano pidió á los reyes de Etiopía que prohibiesen á Frumencio, discípulo del santo Obispo, toda comunicacion con éste.

Libre ya Constancio del Papa y de San Atanasio, y arrogándose las facultades de Sumo Pontífice, comenzó á deponer y á instituir Obispos á su voluntad, para que fuesen meros instrumentos de sus ataques á la fé.

Pero Constancio, que no era consecuente consigo mismo sino en el ódio que profesaba al Cris-

tianismo, variaba á cada paso la fórmula de la fé, adoptando, ya la de Sirmium, ya la de Antioquia.

La justicia divina no podia dejar impune la impiedad de Constancio, que con su invasora política causó tantos males al Cristianismo.

Desde el momento en que se separó de la Iglesia aquel tirano é improvisado pontífice, se convirtió en juguete de los partidos, que desgarraban el seno mismo del arrianismo, y que le asediaban con sus intrigas y sus exigencias.

Entre tanto, el César Juliano, su tío, se iba ganando la estimacion del ejército con las victorias conseguidas en las Galias, y al fin fué proclamado Emperador por las tropas.

Irritado Constancio, partió contra los rebeldes tan pronto como pudo dejar las fronteras de Persia; mas al llegar á Cilicia cayó enfermo, y á los pocos dias murió en Mopsocrene, pequeña ciudad cerca de Tarsis, despues de haber recibido [infeliz] el bautismo de manos del patriarca arriano Euzoyo.

IV

Balacio.

(MURIO AÑO 341 DE N. S. JESUCRISTO.)

El espíritu de secta y el ódio al Cristianismo, impulsaron á los arrianos á arrojar de su Silla de Alejandría al santo obispo Atanasio, colocándolo en su lugar al hereje Gregorio de Capadocia. La descripción de las violencias que los herejes ejercieron contra los cristianos al tomar posesion de aquella Silla el Obispo intruso, horrorizan.

No contento todavía el impío Gregorio, quiso visitar el Egipto acompañado de Balacio, lugarteniente de Filagrio, seguido de una soldadesca desenfrenada. Aquella excursión, según afirma Berault-Bercastel, fué una invasión de bandidos más que una visita pastoral. Los Prelados que se opusieron á los planes de aquellos herejes fueron azotados y cargados de cadenas. El santo obispo Potamion, que llevaba en su rostro la marca del martirio, fué gravemente herido en la

cabeza, y murió luego. En los monasterios de la Tebaida se ejecutaron los mayores excesos, y hasta las vírgenes fueron tratadas sin humanidad y sin pudor.

Tantos y tales fueron los crímenes que se cometieron contra los cristianos, que San Antonio, encendido en santa indignacion, escribió á Balacio, autor de aquella persecucion, anunciándole en tono profético que veía la venganza del cielo pronta á descargar sobre su sacrílega cabeza si no cesaba de perseguir á los siervos de Jesucristo. Al leer Balacio esta carta, se echó á reir, la escupió y la arrojó al suelo, encargando al portador de ella dijese al Prelado que ya que tomaba tanto interés por los monasterios, él mismo le iría á visitar. No habian trascurrido aún cinco dias, cuando se cumplió el castigo anunciado por San Antonio. Hallándose Balacio á caballo al lado del vicario de Egipto, comenzaron los dos caballos á retozar. Los ginetes, lejos de inquietarse, gozaronse en verlos; pero, de repente, el caballo del vicario acometió á Balacio, y le mordió en una pierna, dejándole tan mal parado, que al tercer dia espiró.

V.

Macedonio I, patriarca héreje de Constantinopla.

(MURIO AÑO 360 DE N. S. JESUCRISTO)

La ambicion y el carácter intrigante de este heresiarca promovieron a la muerte de San Alejandro una nueva herejía y un nuevo cisma en la iglesia de Constantinopla, que turbaron la tranquilidad de las conciencias y la paz pública con nuevos errores y colisiones sangrientas.

Aunque á la muerte de San Alejandro, patriarca de Constantinopla, Macedonio, sacerdote de aquella iglesia, aspiró á la Silla, apoyado por los semi-arrianos, habiendo prevalecido los cristianos en la eleccion, recayó ésta en Pablo, eclesiástico jóven todavía, pero de una vida ejemplar. Esta eleccion no agradó á Constancio, y Pablo fué arrojado de su Silla y relegado al Ponto, siendo muy probable que Macedonio no fuese extraño á la intriga que ocasionó aquel destierro. Pablo volvió á su Silla, pero al poco tiempo

fué desterrado de nuevo por Constancio, que favorecía á los arrianos, y que puso en su lugar á Eusebio de Nicomedia. Muerto éste, los obispos arrianos consagraron á Macedonio, á pesar de que los cristianos habian llamado á Pablo, legítimo Pastor de aquella iglesia.

De aquí resultó entre los cristianos y los arrianos una lucha sangrienta, en la cual pereció gran número de personas, quedando limitada la autoridad del intruso á una sola iglesia, levantada por él, hasta que Filipo, prefecto del Pretorio, le puso en posesion completa de la Silla, por orden de Constancio. Este atentado contra la autoridad del legítimo patriarca Pablo, y contra la libertad de los cristianos, irritó al pueblo y produjo una nueva lucha, en la que perecieron más de tres mil personas. Entroñizado al fin Macedonio contra la voluntad del pueblo, y muy especialmente de los cristianos, sólo pensó en vengarse. Para conseguirlo obtuvo del Emperador un edicto que mandaba expulsar, no solamente de las iglesias, sino hasta de las ciudades, á todos los que siguiesen la fé de Nicea. Esta orden fué ejecutada con tal vigor, y se trató á los cristianos con tan bárbara crueldad, que el mismo Constancio comenzaba á disgustarse, cuando un nuevo acontecimien-

to acabó de irritarle contra el intruso Macedonio. La iglesia de los Apóstoles en Constantinopla, donde estaba enterrado Constantino, amenazaba ruina, y Macedonio aprovechó aquella circunstancia para exhumar el cuerpo del Emperador, y trasladarlo á otra iglesia. El pueblo, que solo vió en esto un ultraje hecho á aquellos restos augustos, se opuso á la traslacion, y al fin estallo la lucha con tal encarnizamiento, que los arroyos de sangre inundaron la iglesia, un pórtico adyacente y la plaza vecina.

Todas estas turbulencias y desgracias, provocadas por Macedonio, le enajenaron el favor del Emperador, y prepararon su caída. Al fin fué depuesto, así como otros muchos Obispos, por los arrianos *puros*, en un Concilio celebrado en Constantinopla el año 380.

Hasta entónces Macedonio no habia profesado, al ménos públicamente, más que el semi-arrianismo; pero despues llegó á ser el fundador de una nueva herejía, que negaba la divinidad del Espíritu Santo, y sostenia que era una simple criatura, semejante á los ángeles, aunque de una naturaleza superior.

Este apóstata ambicioso, patriarca cismática y sanguinario perseguidor de los cristianos, aca-

bó miserablemente, segun afirman los historiadores, aunque no dan detalles de su muerte.

VI.

Jorge de Capadocia, obispo hereje y cismático de Alejandria.

(MURIO AÑO 362 DE N. S. JESUCRISTO)

Hácia el año 356 el santo obispo de Alejandria, Atanasio; que por espacio de medio siglo fué la figura más grande de la Iglesia, era arrojado nuevamente de su Silla por los arrianos, que colocaron en ella á Jorge de Capadocia, hombre impio, inmoral, cruel é ignorante. Hasta se dice de él que tuvo que vivir vagabundo y fugitivo á consecuencia de haber malversado ciertas cantidades que tuvo á su cargo. Tal fué el prelado que eligieron los arrianos para oponerlo enfrente de los católicos y del gran San Atanasio.

Y sin embargo, Jorge era el hombre de confianza del emperador Constancio II, y el que los arrianos consideraron más á propósito para ocupar la Silla episcopal de la segunda ciudad del mundo.

Por su parte aquel aventurero impío correspondió á las esperanzas que de él habian concebido los corifeos del arrianismo.

Los Obispos todos de las iglesias de Egipto y de Libia, que dependian de la Silla de Alejandría, fueron desterrados al interior de los desiertos, muriendo muchos de ellos en el camino ó en el destierro, ora de miseria, ora á causa de las violencias que sufrieron de sus perseguidores.

Cerca de noventa Prelados fueron tratados de este modo; pero la Iglesia tuvo el consuelo de que uno solo cediera á las exigencias de los herejes. Los demás fueron sustituidos en el gobierno de su diócesis por obispos arrianos.

Los cristianos vieronse perseguidos tambien con inaudita crueldad por los herejes, que saquearon sus casas, incendiaron sus monasterios, ultrajaron á las mujeres y desterraron ó maltrataron á un gran número de sacerdotes.

Por otra parte, el obispo intruso ejercia, para satisfacer su insaciable avaricia, las mayores exacciones, hasta el punto de apropiarse las salinas y los estanques de donde se extraía el junco para la fabricacion del papel; de monopolizar la venta del nitro y de obligar á todo el mundo á servirse, para la conduccion de los cadáveres,

de una especie de litera que él habia inventado, pero pagando, por su puesto, el precio fijado por el obispo mercader.

Con tan inauditos excesos y tamañas violencias, se ganó Jorge el ódio, no solamente de los cristianos, sino aun el de los gentiles, que, estallado al fin, á causa de una imprudencia del tirano, en sangrienta sedicion, fué el instrumento de la venganza divina contra el usurpador de la Silla alejandrina.

Hé aquí cómo refiere Berault-Bercastel este suceso, y la muerte desastrosa de Jorge de Capadocia:

“Un rasgo de celo singular en sí, y más sorprendente aún en tal Pastor, acabó de enfurecer al pueblo. En un lugar escondido de la ciudad se habia descubierto una cueva llena de cabezas de mujeres y de niños sacrificados en otro tiempo al dios Mitra. El falso patriarca hizo exponer al pueblo aquellos humanos despojos, para patentizar las abominaciones del paganismo, y hacerlas aborrecibles.

“No pudiendo sufrir los paganos aquella afrenta, se armaron como pudieron y acometieron á los trabajadores que todavia exploraban la cueva, matando á muchos de ellos, hiriendo á otros, y obligando á los demás á abandonar el trabajo.

jo. La multitud idólatra corrió dede allí á la iglesia donde estaba Jorge, y le sacaron violentamente. Aunque parecia que iban á asesinarlo en aquel momento se contentaron con encerrarle, pero volvieron luego á la cárcel, le destrozaron las piernas con garfios, le montaron sobre un camello, y, despues de haberle paseado por la ciudad durante todo el dia, llenándole de improperios y dándole palos, le arrojaron con el camello en una hoguerria (1).

VII.

Juliano el Apóstata, Emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 363 DE N. S. JESUCRISTO)

El imperio romano, que habia tenido ya un Emperador astuto en Tiberio; un Emperador cruel en Neron; sanguinarios Emperadores en Decio y Dioleciano; Emperadores bárbaros en Maximino de Tarcia y Maximiano Hercúleo, y un Emperador justo, prudente y grande en Cons-

(1) *Historia general de la Iglesia*, libro IX.

tantino, vió al fin ocupato su sôllo por un Emperador filósofo y apóstata.

El año 361 hacia su entrada triunfal en Constantinopla Juliano, llamado el Apóstata, que hacia muchos años meditaba la destruccion del Cristianismo cuyos preceptos habia observado hasta la edad de veinte años. Pero como la historia le enseñaba que la Iglesia era invencible por la fuerza, apeló á la astucia.

Las escenas cristianas fueron cerradas por órden del tirano, que prohibió á los fieles se dedicáran á la enseñanza, y hasta la entrada en las iglesias, que fueron saqueadas para enriquecer con sus alhajas al Erario. Los sacerdotes fueron privados de las inmunidades concedidas por la piedad de Constantino, y muchos de ellos encerrados en las cárceles. Los apóstatas y los gentiles eran los únicos que alcanzaban los favores imperiales.

Al mismo tiempo el Emperador, que se mostraba favorable á la idolatría, publicó edictos mandando abrir los templos paganos y establecer los sacrificios y todas las funciones idólatras. Descando extinguir y borrar la gracia de su bautismo, celebró tambien ceremonias tan extravagantes como sacrílegas, haciéndose iniciar sacerdote de Apolo, segun los ritos gentílicos,

para poder sacrificar por sí mismo ante los dioses. Expidió órdenes terminantes para el restablecimiento de los ídolos destruidos por Constantino, y para erigirles altares en el mismo palacio de Constantinopla, quedando así profanada la cristiana capital del imperio, levantada para castigo de la idolátrica Roma. El *Lábaro* de Constantino fué sustituido por el estandarte de los antiguos Emperadores; y, en una palabra, á tal punto llevó su fanatismo por la idolatría que se reían de él hasta los mismos paganos. El gasto de los sacrificios llegó á ser gravoso al Estado; tanto, que ántes de su expedición á Persia, se decía que si volvía Juliano vencedor, no quedarían bueyes en Asia.

No es extraño, por consiguiente, que el pueblo le designase con el apodo de *Victimario*, por el placer con que degollaba por sí mismo las víctimas destinadas al sacrificio, y escudriñaba sus entrañas palpitantes, llevando esta afición sanguinaria hasta empapar sus manos en la sangre de los cristianos.

La justicia de Dios, que no podía permanecer inactiva ante los execrables crímenes de Juliano, no tardó en afligir con sus castigos al imperio que sufría á aquel tirano. Grandes temblores de tierra anunciaron la ira de Dios, sembrando de

ruinas el suelo de muchas provincias. A esta calamidad siguió despues una gran sequía, que produjo el hambre más espantosa, apareciendo en seguida una horrible epidemia, que se presentaba en las diversas regiones que recorría el Apóstata (1).

Pero Juliano, persistiendo en su persecucion contra el Cristianismo, publicó un edicto mandando que en adelante se diese á los cristianos el nombre de galileos; revocó todos los privilegios que los Emperadores cristianos habia concedido á los cléricos y á las religiosas, y abolió las pensiones eclesiásticas, decretando la restitucion de las que se habian percibido, cuya devolucion se exigia con un rigor extremado.

Al mismo tiempo, las iglesias eran despojadas de sus alhajas, con el pretexto de facilitar á los cristianos la observancia de la pobreza evangélica.

A pretexto tambien de que los fieles debian huir de los honores y sufrir pacientemente las injurias, los excluyó de toda dignidad, privándolos hasta del derecho de comparecer ante los tribunales en demanda de justicia.

(1) AMIANO, libros XXII y XXIII.